

BOLETÍN

de la

Oficina Sanitaria Panamericana

{REVISTA MENSUAL}

◆

AVISO.— Aunque por de contado despiégase el mayor cuidado en la selección de los trabajos publicados in toto o compendiados, sólo los autores son solidarios de las opiniones vertidas, a menos que conste explícitamente lo contrario

Año 10

ENERO de 1931

No. 1

LA HIGIENE Y PROTECCIÓN DEL NIÑO

Por HERBERT HOOVER

Presidente de los Estados Unidos

(Discurso inaugural pronunciado en la Conferencia de Salud y Protección de la Infancia en Washington el 19 de noviembre de 1930)

Hace más de un año convoqué a un pequeño grupo de personas distinguidas para dar los pasos iniciales en lo tocante a organizar esta Conferencia de Higiene y Protección de la Infancia. Bajo la hábil presidencia del Sr. Ministro Wilbur y la dirección ejecutiva del Dr. Barnard, se perfeccionó y agrandó la organización, hasta que en el otoño del año pasado ya habían sido reclutados, más de 1,200 de nuestros conciudadanos procedentes de las filas de todos los que han dedicado su vida entera a medidas cívicas para la asistencia de la infancia. Esos diestros y consagrados amigos de los niños han ofrecido abnegada y generosamente, su tiempo y meditar a la investigación y compilación de los conocimientos y observaciones referentes a los problemas comprendidos. Su tarea ha sido realizada en forma magnífica, y hoy día van a poner ante vosotros un caudal de material, jamás recopilado antes. Abrigo la seguridad de que en los tres días de vuestra conferencia váis a sacar de ese material una serie de conclusiones y juicios de valor insuperable en pro de la infancia, y cuyos beneficios se harán sentir por más de una generación.

Deseo expresar mi profunda apreciación a todos los que han contribuido tan generosamente su tiempo, reflexiones y trabajo a esta labor preliminar así como a vosotros por dedicar ahora vuestro tiempo a considerarla. La recompensa que os aguarda consiste en saber que habéis hecho algo altruistamente para aligerar los gravámenes de los niños y para colocar sus plantas en sendas que conducirán más seguramente a la salud, al bienestar y a la felicidad. Por muchos años había yo esperado lograr un estudio nacional de este género. Entre vosotros figuran los delegados nombrados por nuestros Departamentos Federales, por los gobernadores de nuestros Estados, y por los alcaldes de nuestras poblaciones, así como los representantes de

nuestras grandes asociaciones nacionales, y nuestras profesiones médicas y sanitarias. En vuestras manos reposan, pues, los conocimientos y autoridad que restan fuera del hogar mismo.

Al dirigirme a los que ante mí contemplo en este auditorio, tengo también presentes a los millones invisibles que desde sus casas escuchan, que también son verdaderos miembros de esta conferencia, pues estos problemas son suyos—del bienestar de sus hijos, es que se trata; los útiles servicios por prestarse son para ellos—y su cooperación es indispensable para llevar a cabo un esfuerzo unido y nacional en pro de la infancia.

Con afección nos acercamos a todo cuanto interesa a la niñez. De los niños es el reino de la alegría y del regocijo. Son la parte más sana de la raza; la más dulce, pues salieron más tarde de las manos de Dios. Caprichosos, ingeniosos, traviosos, nos hacen llevar una vida de aprensión con respecto a lo que piensan de nosotros; una vida de defensa contra su energía aterradora, y al meterlos en sus camitas cada noche nos dejan con una sensación de alivio y un vivo rescoldo de cariño. Cómo les envidiamos la viveza con que se aventuran a descubrir la vida, lamentando al mismo tiempo las desilusiones que encontrarán a su paso!

El objeto fundamental de esta conferencia es exponer concretamente las salvaguardias que les asegurarán la salud de la mente y del cuerpo. Hay salvaguardias y servicios que a la niñez pueden facilitar la comunidad, el Estado o la Nación, todo la cual queda fuera del alcance de un padre dado. Al confrontar esos problemas, no lo hacemos con mira a disminuir las obligaciones y valores, o a invadir la santidad de esas salvaguardias primordiales de la vida infantil: los hogares y las madres. Después de determinados todos los hechos científicos; después de erigidas todas las salvaguardias públicas; y después de construídos todos los edificios necesarios para educación, o entrenamiento, u hospitalización, o recreo, descubriremos que todas esas cosas sólo representan un diezmo de los donativos físicos, morales y espirituales que la maternidad brinda y el hogar otorga, pues ninguna de ellas contiene esa afección, esa devoción espiritual, que constituye el gran patrimonio de las madres. Nuestro objeto aquí es considerar y aportar nuestra pequeña ayuda para fortalecer sus manos, a fin de que sus hijos cuenten con más probabilidades de éxito en la vida. Nuestro país posee una inmensa mayoría de madres competentes (no me siento tan seguro con respecto a la mayoría de los padres); pero lo que nos concierne ahora es lo que queda fuera de la facultad de ellas; es decir, lo que Susana y Juanillo cogen cuando se alejan de sus ojos vigilantes. La madre no puede contar las bacterias de la leche; no puede distinguir la tifoidea que se desliza por el grifo, o las paperas que reparten en los sitios de juego; no puede, por sí sola, comprobar la instrucción ofrecida en nuestras escuelas, o estable-

cer un remedio comunal para el niño deficiente o lisiado; pero puede sí pedir funcionarios que ofrezcan protección y servicio a sus hijos, y una de vuestras tareas consiste en definir las pautas necesarias y en decirle lo que son. Una vez que le ofrezcáis una pauta que le sirva de guía, puede confiarse en que ella someterá a los funcionarios públicos a la prueba del ácido de la mortalidad infantil y del servicio a los niños de la población.

¶ Estas cuestiones de la salud y la protección infantil constituyen un problema complicado, que necesita mucha ciencia y mucha acción, y que nos debe preocupar de veras. No se imagine nadie que tales cuestiones no deben agitar a una nación, por no hallarse a la altura de la dignidad que rodea a los estadistas y gobiernos. Si pudiéramos conseguir una sola generación de niños debidamente nacidos, entrenados, educados, y sanos, acto continuo se desvanecerían otros mil problemas gubernamentales, y estaríamos así seguros de poseer mentes más sanas en cuerpos más vigorosos para dirigir las energías de nuestra nación, hasta alcanzar todavía cumbres más elevadas. Agreguemos que una buena enfermera comunal ahorrará una docena de policías más adelante.

Nuestro problema se divide en tres grupos: primero, la protección y estimulación del niño normal; segundo, ayuda al niño físicamente defectuoso e impedido; y tercero, atención al niño delincuente. Las estadísticas se prestan muy bien para recalcar nuestro problema. Uno de vuestros comités comunica que, de 45 millones de niños de los Estados Unidos, 35 millones son razonablemente normales, 6 millones no están debidamente nutridos, 1 millón padecen de defectos del habla, 1 millón de corazones débiles o lesionados, 675,000 presentan problemas de comportamiento, 450,000 acusan retardo mental, 382,000 son tuberculosos, 342,000 torpes de oído, 18,000 totalmente sordos, 300,000 lisiados, 50,000 parcialmente ciegos, 14,000 absolutamente ciegos, 200,000 delincuentes, y 500,000 desamparados. Y así sucesivamente, hasta formar un total por lo menos de 10 millones de deficientes, más de 80 por ciento de los cuales no reciben la atención necesaria, aunque nuestros conocimientos y experiencias revelan que tales deficiencias pueden ser impedidas y remediadas en gran parte. Los informes que váis a considerar, no tan sólo están repletos de datos sobre cada uno de esos grupos, sino que también resplandecen con recomendaciones remediales. Si no desempeñamos nuestra obligación hacia esos niños, los dejamos en desamparo, o en ellos proveeremos el principal campo de reclutamiento del ejército de los inútiles y criminales.

Pero para no desalentarnos, recordemos que hay también 35 millones de electrones humanos razonablemente normales y animados, que irradian alegría y travesura, y esperanza y fe. Vueltas sus caras hacia la luz—de ellos es la vida de gran aventura. Son esos los niños vívi-

dos, juguetones, que vemos día tras día; los nuestros y los de los vecinos; con todas sus marcadísimas diferencias, y mientras más diferentes, mejor. Mientras más nos recarguen con problemas distintos, mejor sabemos que se encuentran fuerte y humanamente vivos.

Por lo que sabemos de los países extranjeros, me siento convencido de que tenemos derecho a suponer que contamos con una proporción mayor de niños felices y normales que ningún otro país del mundo, y para recalcar aun más el aspecto brillante de la situación, nuestros informes revelan que tenemos 1,500,000 niños especialmente notables, y en ellos reposa la futura dirección del país, si nos dedicamos a guiarlos.

En lo tocante a los niños deficientes e impedidos, el adelanto de los conocimientos y de la asistencia puede llevarlos cada vez más al grupo satisfecho de los niños normales, y, menos afortunados como son, esos niños desean con apasionamiento disfrutar de sus derechos completos, de un modo que da en el corazón a todos. Debemos penetrar en la causa de su incapacidad desde el principio de su vida; debemos extender las funciones de nuestras escuelas e instituciones para ayudarlos a medida que crecen; debemos agrandar los servicios de inspección médica y las clínicas; expandir las gestiones del médico de familia en pro suyo; y aumentar muchísimo los hospitales para ellos, a fin de que no quede ni uno solo sin asistencia.

Tenemos también ante nosotros los complejos problemas del niño delincuente; tenemos que desviar los métodos de investigación, del castigo a la causa de la delincuencia. Ante el tribunal se halla no el niño delincuente, sino la sociedad misma.

Además, he ahí los problemas del huérfano; mas, por fortuna, ya vamos adelantando en este terreno en algunos de los Estados, gracias a la conservación del hogar, bien ayudando a la madre, o colocando a los pequeños en hogares y mermando así los servicios institucionales.

Vastos son los problemas educativos en relación con la salud física y mental. Con tantas de las antiguas obligaciones del hogar extinguidas por los rápidos cambios de nuestra vida moderna, uno de los problemas más importantes que tendremos que resolver en los próximos años, quizás consista en buscar el modo de devolver a nuestros hijos, por conducto de nuestras escuelas y vías extraescolásticas, esa preparación para la paternidad, que aprendían antaño naturalmente en la casa. Con el adelanto de las ciencias y los avances de los conocimientos, hemos aprendido mil cosas que el individuo, tanto padre como hijo, debe saber para su propio resguardo; y en seguida, surge y prosigue la relación del problema con nuestro sistema educativo. En nuestro país, el niño desnutrido no es fruto de la pobreza, sino en gran parte de la infancia mal instruída y de la paternidad ignorante. Todos nuestros niños se diferencian en carácter, capacidad e inclinación. Si queremos hacerles justicia, deben recibir el servicio educativo que desarrolla sus dotes especiales: deben recibir orientación vocacional.

Más allá, encontramos los problemas del trabajo infantil. La industria no debe privar a nuestros hijos de su patrimonio legítimo. Todo trabajo que atrofie el desarrollo, ya físico o mental; que limite la educación; que prive a los niños de su derecho al compañerismo, al regocijo y al juego, mina la próxima generación.

En el último medio siglo hemos apiñado 50 millones más de seres humanos en poblaciones en que todo es nuevo para la raza, y hemos creado zonas congestionadísimas con mil cambios debidos a la rápida transformación de un pueblo rural y agrario en nación urbana e industrial, y quizás los mayores obstáculos que encontramos para mejorar a los niños, procedan de ese hacinamiento en las poblaciones. En todas partes descuellan problemas de saneamiento y de higiene. El delito aumenta con la congestión. El hacinamiento produce enfermedad y contagio. Privado el niño de su sitio natural de recreo; su mente se ve atrofiada por la falta de un medio imaginativo y de contacto con los campos, las corrientes de agua, los árboles y las aves. La vida doméstica se vuelve más difícil; los sombríos hogares producen mentes morbosas. El crecimiento de la vida urbana impone una serie interminable de problemas tales como los abastos de leche y de alimento, pues hemos alejado a esos niños de una alimentación que se remonta a diez mil años.

Tampoco concierne nuestro problema puramente al niño de las ciudades, pues grandes son nuestras obligaciones hacia el niño del campo. Éste debe disponer de servicio pericial desde que nace, hasta que acaba de crecer. Desde que la ciencia descubriera la causa de las enfermedades transmisibles, el resguardo contra éstas es tan imperativo para el niño de las granjas como para el de la población. El primero sufre por faltarle algunos influjos culturales que ofrece la población, y debemos buscar medios y modos de que le lleguen. En cambio, hay que devolver al niño de la ciudad algunas de las ventajas naturales que posee el del campo: más espacio para jugar, contacto con la naturaleza y los procesos naturales, de los cuales la irreflexiva urbe roba a sus hijos. La hechicería arquitectónica y la destreza artística van transformando nuestras poblaciones en maravillas de belleza, pero debemos también conservar en ellas para nuestros hijos, el arte, todavía más bello, del vivir.

Aun haciendo caso omiso de la congestión, los cambios radicales que han tenido lugar en el hogar moderno afectan mucho al niño, pues merman sobremanera el contacto entre padres e hijos. En una época, única escuela de entrenamiento para el pequeño, el hogar comparte hoy día con la escuela pública, con los grandes clubs y organizaciones de niños, y con otras cien colectividades, la responsabilidad de prepararlo, tanto en salud como disciplina, desde el nacimiento hasta la madurez, y de esos factores externos depende actualmente en gran parte su desarrollo.

Los problemas infantiles no son siempre puramente los del niño solo. En la visión del todo de nuestra urdimbre social, hemos liberado nuevas ambiciones y nuevas energías, produciendo una complejidad de la vida que no reconoce precedente. Con la maquinaria agrandando siempre el poder y capacidad del hombre, con la electricidad extendiendo su magia sobre el mundo, con el aire brindándonos un reino absolutamente nuevo, nuestros hijos deben hallarse preparados para nuevos contactos y para fuerzas absolutamente nuevas. Deben ser físicamente robustos y mentalmente aptos a fin de poder arrostrar la creciente presión que ejerce la vida, pues necesitan salud, no meramente física, sino mental, afectiva y espiritual.

He ahí parte de los problemas que os pido que resolváis. La tarea que habéis venido a realizar aquí, jamás ha sido verificada antes, y dichos problemas no son fáciles de resolver, pues penetran hasta las mismas raíces de nuestra vida nacional. Necesitamos confrontarlos abiertamente y acusarnos con toda la franqueza posible, a fin de poder ver todas las implicaciones que nos acompañan y asignar la culpa a quien corresponda, y comenzar resueltamente a atacarla. De vuestras exploraciones de la dotación mental y moral y las oportunidades de los niños, surgirán nuevos métodos que inspirarán su labor creativa y sus juegos, y sustituirán con cariño y autodisciplina la rigidez de las reglas, y encarrilarán sus diversiones por sendas sanas, que los alejarán de los escollos de la tentación; que formarán su carácter, y los llevarán a la vida adulta en tono con la vida, fuertes en su armazón moral, y preparados a desempeñar más felizmente su papel en las grandes faenas productoras de la sociedad humana.

Jamás ha habido antes una suma de conocimientos y observaciones como la que va a tener lugar ante esta conferencia, que nunca hubiera podido ser celebrada con tanta experiencia y base. La nación espera que saquéis de esta ocasión resultados positivos bien definidos e inspiradores; pero, por encima de los hechos y de los dictámenes, más fundamental de todo, necesitamos la visión y la comprensión inspiradas, que interpreten esos datos y los pongan en práctica. Me consta que este grupo posee la visión y la comprensión, pues soís los representantes escogidos de individuos dotados de esas cualidades. A vosotros os corresponde encender las llamas de esa inspiración en la conciencia general del público y, una vez allí, darle forma de acción.

Las muchas ramas que representáis los reunidos aquí tocan en mil puntos la vida de los niños. La atención que a éstos conceden la mente y el corazón de nuestro país representa un retorno al primitivo impulso que inspirara la fundación de nuestra nación, el impulso a conseguir libertad y mejoramiento para cada generación futura. El afán de los padres americanos es elevar a sus hijos a esferas más altas que las que ellos escalaron, y arde como una llama en nosotros

como pueblo. Encendida en nuestro país por los primeros pobladores que vinieron aquí buscando mejores oportunidades para sus hijos más bien que para ellos mismos, fué transmitida de una generación a la siguiente, y jamás se ha debilitado o extinguido. Es más, el progreso humano sólo marcha hacia adelante cuando los hijos superan a los padres. En una democracia, nuestro progreso representa la suma del progreso de cada individuo: lo que éstos realizan independientemente en el pleno ejercicio de sus capacidades y carácter. Sus variadas personalidades y dotes deben florecer plenamente; no debe regimentárseles, mentalmente en el mismo modelo, pues eso acabaría con las virtudes de muchos, y hay que abrir de par en par las puertas de la oportunidad a todos ellos.

Ojalá que vosotros, los reunidos aquí, encontréis en vuestras deliberaciones nuevos combustibles con que encender esa llama del progreso, a fin de que esta ocasión se caracterice por un nuevo esplendor que nos coloque de nuevo en la senda que cruza las hacinadas complejidades de la vida moderna.

DISCURSO DE CLAUSURA

Por RAY LYMAN WILBUR

Ministro del Interior de los Estados Unidos

Hace dos semanas me correspondió el placer de exponer el plan de esta conferencia, y ahora voy a comunicar algunos de los resultados obtenidos en tan gran reunión. Varios millares de hombres y mujeres de todas partes del país vinieron a Wáshington a invitación del Presidente Hoover, quien en la primera reunión discutió los problemas de la infancia en tono sencillo, afable y afectuoso. En los últimos días los ciento veinte y tantos comités de la conferencia, han presentado sus informes, todos ellos recibidos con entusiasmo y cuidadosamente estudiados y analizados por los peritos presentes. Desde la Guerra Mundial, jamás he visto tan bello espíritu de servicio y una atmósfera tan espléndida de cooperación e interés en la discusión de un problema público.

Como recordaréis, esta Conferencia de Higiene y Protección de la Infancia se reunió con la esperanza de poder alzar el nivel general de la asistencia infantil al punto alcanzado por los adelantos de la ciencia y la experiencia social comprobada; y con el propósito en mancomún de preparar, física, mental y moralmente, al niño americano, para atender a las obligaciones del mañana, mejor que hemos podido hacer con el de hoy. Ha querido recalcar la conferencia el principio de que nuestros hijos deben convertirse en ciudadanos adultos, con cuerpos sanos y mentes preparadas, ambos bajo la dirección de una voluntad desarrollada, funcionando en esa atmósfera